



POETA EN RESIDENCIA

**DARÍO JARAMILLO AGUDELO**



Residencia de Estudiantes

El presente dossier se entrega a título meramente informativo.

En las fotografías extraídas deberá incluirse necesariamente una mención al Archivo de la Residencia de Estudiantes.

En la cubierta, Darío Jaramillo Agudelo en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 2006.

HISTORIA DE UNA PASIÓN (FRAGMENTO)

Por Darío Jaramillo Agudelo

**L**o que a mí me gusta es escribir: esa ceremonia privada de horas nocturnas, entre Nescafé y Pielroja, en silencio o con música —tal cual Mozart, deliciosamente inevitable, la música para piano de Chopin, ciertas piezas muy concretas, soy limitado en este repertorio, de Beethoven, Brahms o Dvorák—, esa labor tan absorbente y tan humilde que durante años, por hábito, me ocupa entre nueve de la noche y una de la mañana, borroneando libretas con poemas y cartas, reseñas y relatos. Ese oficio del que hace parte una especial euforia, tan especial que se localiza al mismo tiempo en el corazón, la cabeza y el estómago, ese oficio solitario que se agota en sí mismo porque dentro de él está el placer que entrega. El placer de la imagen, de la historia que nace dentro de ti y se apodera de tu mano para volverse palabras. Aun el placer de corregir los textos. Corrijo tachando las libretas de taquigrafía que utilizo para escribir, e intercalo frases en el respaldo de cada página, que al principio dejo en blanco. Una parte de estos manuscritos los mecanografío personalmente, tachando e intercalando nuevas correcciones.

Publicar es otra cosa. Un acto público. Sería ingenuo desconocer que, de algún modo, editar influye sobre el hecho mismo de escribir, en primer lugar volviéndolo a uno más riguroso, más disciplinado, más exigente con la escritura. He tratado de ser selectivo con mi poesía, en proporción de diez, o más, a uno, entre lo que escribo y lo que publico, y procuro que entre una cosa y otra exista por lo menos un año de intervalo, de tal manera que puedo hacer la última corrección leyendo el texto como si hubiera sido escrito por otro.

Existe otro nivel de interacción: cuando uno escribe para publicar. En mi caso, esto se ha dado con respecto a las reseñas de libros. Desde cuando estaba en la universidad descubrí que la única manera de adquirir ciertos libros era solicitándolo en las editoriales para comentario bibliográfico. La reseña es un oficio que me gusta, entendida siempre como testimonio del lector, más que como esa cosa aparatosa, sosa y casposa llamada «crítica literaria». Debo agregar que el hábito de las reseñas me acercó a escritores tan importantes para mí como Malcom Lowry, Tomás Eloy Martínez y Augusto Monterroso.

La primera vez que aparecieron varios poemas míos en una publicación —por oficio de Juan Gustavo Cobo, como tantas veces en mi vida— fue en 1966, creo. Recuerdo el incidente para referirme a un personaje cada vez más importante en mi vida; el epígrafe de aquel grupo de poemas era de Jean Cocteau y decía: «El poeta está a las órdenes de su noche». Desde entonces me ocurren cosas con Cocteau: muchas veces encuentro que algo que desde antes yo había pensado, Cocteau lo ha expresado con tino; por ejemplo: «La poesía es exactitud»; por ejemplo: «Sé que la poesía es indispensable, pero ignoro para qué». O por ejemplo: «El poeta es un mentiroso que siempre dice la verdad». O como cuando dice: «Un verdadero poeta se preocupa poco de la poesía. Del mismo modo que un horticultor no perfuma sus rosas».

*(Historia de una pasión, Valencia, Pre-Textos, 2006)*



Darío Jaramillo Agudelo en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 2006.

ARCHIVO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

## UNA ENTREVISTA

*—¿Cómo empezaste a escribir poesía?*

—Creo que me condicionó el ambiente de mi casa. Era una casa donde había libros. Mi padre sabía poemas de memoria y me hacía aprender poemas de memoria. Estábamos en Medellín a comienzos de la década de los sesenta, en plena efervescencia poética en Colombia. Yo estudiaba en un colegio de jesuitas y allí, a los quince años, conocí a los nadaístas. Casi me echan del colegio, porque ser nadaísta era como ser luterano. Para colmo, escribí un texto de tarea que reivindicaba el nadaísmo y un compañero mío le contó al papá, y el papá vio el texto, y habló con el rector del colegio, y el rector, que era un cura español, me llamó y me prohibió que me juntara con los nadaístas.

*—¿Tu primer contacto fuerte con la literatura fue entonces a través de los nadaístas?*

—En mi casa, por ejemplo, mi papá me hacía aprender sonetos de Lope de Vega. O las *Rimas* de Bécquer. Y eso me fascinaba. Mi amor por Lope y por Bécquer viene de la infancia. Pero el mundo de la literatura llegó, sin duda, con los nadaístas. Fue en la librería Aguirre. Alberto Aguirre era el librero de Medellín, y ahí caían los nadaístas. Mi padre me había abierto una cuenta para que yo sacara libros. Aguirre editó las obras completas de León de Greiff, que para mí era dios. Yo tenía catorce o quince años, y ya quedé contagiado. Esos primeros poemas míos del colegio, muy secretos, eran de tono nadaísta, de tono conversacional. Creo que eso se me quedó. Lo que no se me quedó fue la búsqueda de palabras raras. A publicar empecé en Bogotá, donde hice la carrera de economía y abogacía.



*–¿En qué circunstancias se publicó Historias, tu primer libro?*

–Un día me invitó a almorzar Juan Gustavo Cobo Borda y yo pedí la cuenta del restaurante. Entonces él me dijo: no, yo pago el almuerzo, pero usted tiene que girar la cuota de la imprenta porque metí su libro.

*–¿Qué vestigios de las primeras lecturas quedaron en Historias?*

–Ya me habían picado varias cosas que persistieron el resto de mi vida. En primer lugar, el descubrimiento de la poesía norteamericana, sobre todo de T. S. Eliot. También el descubrimiento de cierta poesía latinoamericana, aunque todavía no me había picado Nicanor Parra.

*–Parra vino después de la publicación de Historias.*

–Sí. Eso fue en el año 74. Yo había ido a Iowa para participar en el International Writing Program. Ahí tuve dos descubrimientos que me sacudieron: Parra y Macedonio Fernández. Creo que soy una de las pocas personas que puede decir que leyó todo Macedonio. Ahora ya no sería capaz de leerlo. Pero lo adoré.

*–¿Cómo conociste la obra de Macedonio Fernández?*

–Porque Borges lo mencionaba, decía que había sido compañero de su padre, citaba los chistes. Y, tal vez, también porque leí el discurso fúnebre que dio en la Recoleta. El personaje me atraía mucho.

*–Ya habías descubierto entonces a Borges.*

–Borges fue a Medellín en el año 63, cuando todavía no era un personaje. Y tanto no era un personaje que cuatro muchachos de dieciséis años, por iniciativa mía, nos fuimos al aeropuerto a recibirlo, para que no tuviera que entrar solo en la ciudad. Recuerdo estar montado en el taxi con Borges al lado. No me acuerdo de nada de la conversación salvo de dos cosas. Una, que yo le dije que en un cuento decía tal cosa y en otro cuento tal otra y que eso era contradicción. Entonces él me contestó: definitivamente, usted me ha leído más veces de las veces que me he leído yo. Y la otra, que me dejó muy aterrado porque yo esperaba una respuesta deslumbrante, cuando le pregunté cuál era la cualidad humana que más admiraba. Me dijo: la bondad.

*–Volviendo a lo anterior, ¿cuánto hay de Parra en Tratado de retórica?*

–Ese libro fue escrito en Iowa bajo el influjo de Parra. Si me lo hubieras preguntado mientras lo escribía, yo no lo hubiera admitido. Pero había allí una actitud de desconfianza con el lenguaje, una búsqueda de lo poético dentro de lo vulgar y lo cotidiano, una expresión desenfadada que yo creo que no era mía. Era que estaba leyendo los antipoemas.

*—¿Cómo se produce el salto a ese género tan transitado en el que te internas en tu libro Poemas de amor?*

—Yo vuelvo a Colombia en el 77 y me enamoro perdidamente; durante tres o cuatro años escribí más de cien poemas de amor. Ya cuando me desenamoré y se acabó todo, junté esos materiales y los reescribí desde una retórica. Pensé que, con ese material, tenía que intentar una expresión del amor lo más sencilla, directa y antimetafórica que pudiera. Había en esa intención una raíz antirretórica que venía de mi interés por Parra.

*—¿Reescribiste mucho los poemas que tenías escritos?*

—Sí. Y descarté toneladas de versos. Busqué siempre lo que fuera más directo, lo que fuera más fluido, lo que fuera más claro. Era casi una pelea contra todo lo que fuera tropos y metáforas, tratando de encontrar el camino más corto entre el sentimiento y la expresión. Era un experimento. Se trataba de borrar todo el tablero de este tema tan manido, tan manejado por la música popular, por las categorías mentales de las telenovelas, por la propia poesía culta.

*—Es curioso, porque cuando se busca un distanciamiento o un nuevo enfoque se acude a la parodia, y los Poemas de amor no son paródicos.*

—La apuesta era buscar lo más literal, lo más directo. El peligro era, claro, caer en la simpleza total, en la bobaliconería. Para mí fue, primero, una manera de exorcizar, de olvidar,

y segundo, de hacer carpintería literaria. Finalmente, la vocación del poeta es la vocación del carpintero, de aquel que está metido en un taller quitando un pedacito de madera.

*—¿Es posible que el éxito de ese libro tenga su origen en que fue leído del modo en que vos no quisiste escribirlo?*

—No lo dudo. Con ese libro me han pasado cosas increíbles. Al salir de una lectura de poesía, se me acercó una pareja con un niño de cuatro años y me contaron que el niño se llamaba Darío porque ellos se habían enamorado uno a otro leyéndose los *Poemas de amor*. ¡Como si yo fuera Manzanero! Por otro lado, yo creo que en ese libro hay un acto de fe en las palabras, que es de algún modo opuesto y de algún modo igual a lo que hacía Parra.

*—¿Cómo es esa tensión?*

—Una de las cosas que yo creo haber aprendido de Parra es una formidable desconfianza hacia el lenguaje. Pero los poemas de amor implican una confianza hacia el lenguaje. Ese acto de fe no fue consciente, pero allí estuvo, y estuvo paradójicamente alimentado por la desconfianza.

*—¿En qué está trabajando ahora?*

—Ustedes se habrán dado cuenta de que yo trabajo en series. En el terreno de la poesía, después de la publicación de *Cantar por cantar*, que fue mi último libro, me metí a escribir una serie bastante juguetona, pero que me obsesionó mucho, que se llama

«Gatos». Y escribí también una serie, que me ha dado mucho trabajo y que no doy por concluida, que se llama «Sólo el azar» y que va en otra dirección porque renuncia a la claridad y trata de expresar la confusión. Y hay también otra cosa. Llevo cinco años trabajando en una novela donde un personaje inventa poetas y escribe los textos de los poetas. Así que allí estoy, con la intención de no escribir como escribe Darío Jaramillo, sino como el autor inventado por mi personaje.

*—¿Cuáles son, en tu caso, las diferencias entre la escritura de poesía y la escritura narrativa?*

—Escribir narrativa implica un sentido de la continuidad de la narración. Yo trabajo en un banco. Aquí debo decir que mi trabajo es apasionante: soy el encargado de toda la actividad cultural del Banco de la República, que es el Banco Central de Colombia. Pero eso implica que soy un escritor de fin de semana, ésa es la verdad objetiva. Vivo solo en un hotel. Vuelvo el viernes a mi casa, me pongo el pijama y me siento a escribir el siguiente capítulo de la novela en que estoy. En cambio, la poesía es más intempestiva.

(De *Diario de Poesía* n.º 70, Buenos Aires, septiembre-diciembre de 2005, entrevista de Pablo Gianera y Daniel Samoilovich).



Darío Jaramillo Agudelo en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 2006.

ARCHIVO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

UN POEMA MANUSCRITO

## Poemas de amor, 1

Ese otro que también me habita,  
acaso propietario, invasor quizás o  
exilado en este cuerpo ajeno o de  
ambos,  
ese otro a quien temo e ignoro, febril  
o ángel,  
ese otro que está solo siempre que estoy  
solo, ave o demonio  
esa sombra de piedra que ha crecido  
en mi adentro y en mi afuera,  
eco o palabra, esa voz que responde  
cuando me preguntan algo,  
el dueño de mi embrollo, el pesimista  
y el melancólico y el inmotivadamente  
alegre,  
ese otro,  
también te ama.

DANIO JARAMILLO AGUDELO.





Darío Jaramillo Agudelo en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 2006.

[ARCHIVO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES](#)

## BIBLIOGRAFÍA

## POESÍA

*Historias*, Bogotá, La Soga al cuello, 1974.

*Tratado de retórica*, Cúcuta, Premio Nacional de poesía, 1978.

*Poemas de amor*, Bogotá, Fundación Simón y

Lola Guberek, 1986 (primera edición). Bogotá, El Áncora Editores  
(de la segunda a la vigésimo cuarta edición).

*Del ojo a la lengua*, Bogotá, con Juan Antonio Roda, Arte dos gráfico, 1995 (primera edición).

Bogotá, El Áncora Editores (segunda edición).

*Cantar por cantar*, Valencia, Pre-Textos, 2001.

*Gatos*, Valencia, Pre-Textos, 2005.

## POESÍA REUNIDA

*77 Poemas*, Bogotá, Universidad Nacional, 1987.

*127 poemas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1998.

*Libros de poemas*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2003.

## SELECCIONES Y ANTOLOGÍAS

*Poetic Corner*, Iowa City, Inland press, 1976.

*Antología poética*, Caracas, Monte Ávila, 1988.

*Cuánto silencio debajo de esta luna*, México, UNAM, 1992.

*De la necesidad de la poesía*, Eichstatt, Alemania, Universidad Católica de Eichstatt, 1995.

*Razones del ausente*, Bogotá, Editorial Norma, 1998.

*Aunque es de noche*, Valencia, Pre-Textos, 2000.

## NARRACIÓN

*La muerte de Alec*, Bogotá, Plaza y Janés, 1983. Bogotá, Alfaguara, 1999.

*Cartas cruzadas*, Bogotá, Alfaguara, 1995. Bogotá, Editorial Era, 1997.

*Novela con fantasma*, Valencia, Pre-Textos, 1995.

*Memorias de un hombre feliz*, Bogotá, Alfaguara, 2000.

*El juego del alfiler*, Valencia, Pre-Textos, 2002.

## PROSA

*Guía para viajeros*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1991 y 2006.

*Historia de una pasión*, Valencia, Pre-Textos, 2006.

## COMPILACIONES Y PRÓLOGOS

*La nueva historia de Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1976.

*Sentimentario. Antología de poesía amorosa colombiana*, Bogotá, Oveja Negra, 1986.

*Antología de lecturas amenas*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1988.

*Poemáquinas*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1992.



Darío Jaramillo Agudelo en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 2006.

[ARCHIVO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES](#)

POETA EN RESIDENCIA

**P** **POETA EN RESIDENCIA** es un programa de la Residencia de Estudiantes que, en la tradición de algunas universidades inglesas y norteamericanas, tiene como objeto invitar anualmente a un poeta iberoamericano durante un periodo de tiempo suficiente para favorecer su trabajo de creación, difundir su obra y acercar su magisterio a los jóvenes creadores españoles. Durante su estancia en la Residencia de Estudiantes ofrece lecturas comentadas de su obra, imparte seminarios y participa en la vida cultural española a través de diversas actividades.

Inaugurado en 1996 por el chileno **Gonzalo Rojas**, en **POETA EN RESIDENCIA** han participado la peruana **Blanca Varela** (1997), los cubanos **Fina García Marruz** y **Cintio Vitier** (1998), el mexicano **Eduardo Lizalde** (1999), el colombiano **Fernando Charry Lara** (2004), el argentino **Juan Gelman** (2004) y el peruano **José Watanabe** (2005).